El sentido social en la poesía de Vicente Aleixandre

Unidad y continuidad

He pensado algunas veces que no hay más que dos clases de poetas y que pueden acomodarse a aquella definición de Victor Hugo cuando decía: «Shakespeare es una encina. Racine, una estaca». Acoplo a esta simple clasificación los nombres más recordados con bastante facilidad. Unos son simplemente estacas; algunos, encinas.

Vicente Aleixandre es también una encina, un árbol corpulento de hondas raíces cuyas ramas se esparcen generosas, se abren hacia el cielo y amparan una sombra vasta y fecunda. Una encina que crece cada día más a nuestra vista, surtiendo de una tierra apasionada —pasión de la tierra— hacia la luz que es siempre la meta a donde conduce la búsqueda de su hacer continuado en el tiempo.

Porque soy un convencido de lo que Carlos Bousoño postula también en su libro sobre el poeta: que, pese a la renovación ofrecida por *Historia del corazón*, la obra de Vicente Aleixandre presenta una continuidad perfectamente sostenida, pues desde diferentes ángulos de visión la mirada abarcadora es idéntica. La variación de las imágenes contempladas, la incorporación

de nuevos elementos a los temas, supone un enriquecimiento valiosísimo en una obra por tantos aspectos admirable y demuestra la fertilidad de una conciencia creadora que no le permite reincidir en campos iluminados por él mismo ya y definidos con sorprendente penetración. (Entre paréntesis: qué fácil resulta en cambio a algunos otros maestros —más estacas que encinas, por cierto —vivir de las rentas). Por eso es otro el mundo que se nos descubre en *Historia del corazón*; es el mundo del hombre, esa diminuta parte del cosmos que fue asumida en la visión de *Sombra del Paraíso* y de *La destrucción o el amor*. Pero lo que Carlos Bousoño llama pupila totalizadora, cifrando precisamente en ese modo de contemplar las cosas el ingrediente peculiar que concilia todos sus libros, es la misma.

Trascendencia social de libros anteriores a «Historia del corazón»

En ese poder de visión es donde reside la trascendencia social de una poesía que sólo en un acercamiento superficial pudo en algún instante parecer lo contrario. El poeta no fue nunca un solitario adrede ni un devanador narcisista de sus propios sueños. Y acaso haya sido revelador para muchos la aparición del último libro para que, a su luz, cobre comprensión clara en toda la obra este aspecto social que quisiera poner de manifiesto.

Nada más ajeno al «yoísmo» insolidario que una

poesía tendente a la integración de cuanto toca y canta en un todo donde el objeto particularmente cantado se incluye. No individualiza, sino que integra. No separa, sino que une. Recordemos aquella «confidencia literaria» del poeta, aparecida hace ya muchos años (julio de 1944) en la revista barcelonesa *Entregas de Poesía*: «[Me encuentro entre] los poetas que se dirigen a lo permanente del hombre. No a lo que refinadamente diferencia, sino a lo que esencialmente une (...) No pueden sentirse [estos poetas] poetas de minorías».

Es sabido que la obra alexandrina hace entrada en la escena de la poesía española cuando se está representando, como en un teatro experimental, la comedia de magia de la *poesía pura*. Nada por aquí, nada por allá. El hombre-poeta desaparece por el foso y los espectadores —pocos; este teatro no debe tener entrada general, sólo selecto patio de butacas— contemplan admirados una realmente admirable, digámoslo sin reservas, belleza exenta, como el humo blanco flotando desprendido del combustible oscuro que el mago escamotea. La deshumanización del arte está en boga. El arte como juego puede ser comentado con deliciosa maestría por quien logró entre nosotros a la perfección medir, pesar, auscultar y ofrecer el diagnóstico de todos los fenómenos de la época.

El drama era otro para quienes sentían la poesía como un cuerpo vivo, con sangre y huesos y dolor: con armazón humana, en definitiva. Para quien siente la necesidad de descender a las esclusas del hombre, donde se acumulan residuos que fermentan en odio

y en incompresión. Hay que revolver en la sombra para que pueda entrar la luz. No otra cosa es *Pasión de la tierra* donde la posible dificultad de acceso a las claves expresivas no puede ocultar el ansia de liberación y de exaltamiento de lo elemental y auténtico de la vida. En esta misma línea está *Espadas como labios*. Releyéndolo, vemos un matiz unas veces irónico, otras amargo, que ha sido interpretado por algunos críticos como la exaltación por contraste de la pureza primigenia cantada siempre por el autor, lo cual es cierto, pero es preciso, a mi entender, llegar más lejos en la comprensión de todo su alcance, entendiéndolo como la repulsa de una sociedad corrompida, caduca, que hay que hacer saltar de sus cáscaras artificiales y acomodaticias, desmontándola de sus convencionalismos burgueses, de sus principios falsos e injustos. El «elegante bienestar de buen tono», las «damas que aguardan su momento sentadas sobre una lágrima», los «caballeros abandonados de sus traseros», las «dentaduras postizas», los «labios obscenos» y tantos otros elementos mezclados en el poema *El cals*, tienen para mí esa misión de sarcasmo demoledor, de revulsivo higiénico. Como tampoco creo posible pasar por alto el grito de protesta que supone un poema como la *Elegía* de *Nacimiento último*. Protesta contra la injusticia y el odio, hermosamente alzada sobre el dolor fraterno.

En *La destrucción o el amor* ya se ha escrito que la fusión de las cosas en el cosmos por la fuerza creativa y devastadora, paradoja continua, del amor, nos expresa arrebatadamente cómo cuando las cosas

se cumplen de manera plena es cuando se integran en el cosmos y nacen a su «nacimiento último», visión que gana serenidad y luz en *Sombra del Paraíso*, donde se inicia una clara temática realista para, años después, evidenciar que también el hombre cuando se hermana a los demás gana su hombría verdadera y cuando el poeta «canta por todos» cumple ciertamente su destino.

El poeta, sí, lo vemos claro, venía cantando por todos hermosa y conmovedoramente.

Rehumanización de la poesía

En la obra de Vicente Aleixandre arranca, pues, como en la de Pablo Neruda durante su época de estancia en España, en la de Rafael Alberti y en la de otros compañeros de generación, la rehumanización de la poesía (también Gerardo Diego, otro poeta del mismo grupo generacional, tituló un libro suyo *Versos humanos*) que hizo posible el fenómeno miguelhernandiano —tal y como se produce, lo que no quiere decir que no tuviera, naturalmente, «materia prima» propia, que la tuvo y de excepción— y toda la poesía posterior que toma también y además contacto con Machado y Unamuno saltándose el esteticismo de la *poesía pura* no a la torera, porque en arte nada pasa en balde y todo deja un poso de herencia aunque lo llevemos inconscientemente, pero sí con la agilidad bastante para que no produzca interferencias visibles. No se

puede pasar este punto sin citar una frase que patentiza cómo supera y repudia para su obra Vicente Aleixandre aquel esteticismo: «¡Ay del poeta que ante todo busca la belleza! El que quiera salvarla la perderá».

Mas justamente rehumanizar la poesía es el primer paso para ingresar en el ámbito social, porque no hay sociedad sin hombre y éste es su célula básica. Quien no habla a un hombre, decía don Antonio Machado, no habla al hombre; quien no habla al hombre no habla a nadie. Vicente Aleixandre es poeta de gran ámbito, y no estoy jugando con las palabras para dar en la del título de su primero y juvenil, poco definido todavía, libro de poemas, sino que tal título se me antoja ahora como simbólico. Sus temas trascienden siempre a un ámbito amplio y él mismo nos descubre su intención en frases como éstas: «Toda poesía es multitudinaria en potencia o no es». «El poeta que escribiera sólo para sí lo que haría sería suicidarse por falta de destino». Y aquella otra definición tan conocida y repetida ya como un axioma del concepto poético actual, y tan axioma que hasta he leído a alguien que la reproduce escribiéndola con expresión matemática: «Poesía = comunicación».

«Historia del corazón». – La solidaridad

Queda sentado que la poesía aleixandrina nace siempre a un ámbito generalizador. explora en las sombras del subconsciente para buscar la pureza elemental y

liberadora, tiene un elemento corrosivo contra unos principios artificiales e injustos, y tiende a integrar cuanto mira en un conjunto unitario y cósmico, hallando sus secretas dependencias, negando la soledad exenta de las cosas. Si todo esto se proyecta sobre una temática realista y concretada al vivir humano esta poesía adquirirá forzosamente un resuelto sentido social. Y tal acontece con la publicación de *Historia del corazón* que no es ajeno por esta vertiente a la trayectoria general del poeta.

El principio fundamental de *Historia del corazón* es la solidaridad humana. El hombre, que puede ir haciéndose en soledad, se cumple plenamente entre los demás hombres. El hombre busca la compañía humana y el amor, la pareja de hombre y mujer ascendiendo hacia la cumbre, adquiere impresionante categoría simbólica de ese mutuo acompañamiento. No hay sociedad si no hay dos. Para que exista el nosotros es preciso que se dé el tú y yo.

Los temas de *Historia del corazón* ponen en carne viva de poesía una problemática de la existencia resuelta con profunda comprensión y ternura, y una conciencia de la responsabilidad del poeta como solidario de su tiempo y de su pueblo. Hemos tocado tierra en lo objetivo.

Proximidades y diferencias con el existencialismo

Lo solidario nunca permitirá que una conciencia de vida amenazada y difícil, presente en la poesía de

Historia del corazón, se enclaustre en el subjetivismo existencialista que ha llevado la filosofía de la angustia al pantano desesperanzador del absurdo. El esfuerzo vital, la penosa ascensión de la existencia en el símil de una montaña, el camino difícil y la jornada –toda la vida– agotadora, la imagen de «entre dos oscuridades un relámpago», elementos que surgen en los poemas de *Historia del corazón*, pueden tener puntos afines con la filosofía europea de la existencia y su estudio detenido sería interesante. Pero he aquí que si contrastamos cierto aspecto suscitado por una palabra, por un verbo revelador y expresivísimo en estos versos, con el tema tan típicamente sartriano de «el otro», apreciaremos en seguida su violenta oposición. El verbo es *reconocerse*. El poeta se *reconoce*, esto es: se descubre, se posesiona de sí mismo, al verse en los demás. A diferencia del pensador existencialista francés para quien el enfrentamiento con «el otro» supone una pérdida de su libertad interior, Vicente Aleixandre sabe que la introspección no basta y que el hombre se encuentra a sí mismo precisamente en los demás:

Cuando en la tarde caldeada, solo en tu gabinete
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,
quisieras algo preguntar a tu imagen,
no te busques en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.
Baja, baja despacio y búscate entre los otros.
Allí están todos, y tú entre ellos.
Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.

La presencia social de los demás, que en el existencialismo sartriano no ha dado otra imagen que la terrible de las soledades extrañas y unidas de la galera, es en Aleixandre una comunión viva y diaria hacia la integración de una comunidad fraterna, hacia el concepto solidario de la humanidad:

Así entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en la plaza.
Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.
¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere latir
para ser él también el unánime corazón que le alcanza!

Como muy bien ha señalado Bousoño, es de notar que, al igual que en la visión cósmica del mundo dada por Aleixandre las cosas todas se integran en la materia, el hombre, contemplado y comprendido por el poeta, se integra en la humanidad.

La no soledad y la realidad

Este sentido social que se trasluce en la poesía aleixandrina se apoya en dos puntos fundamentales que obtenemos de la lectura de poemas como los incluídos en *La mirada extendida*, segunda parte de *Historia del corazón:* la negación de la soledad como estado del hombre y la afirmación de una realidad común.

El poeta rechaza el «quedarse en la orilla», invoca a la comunidad de los hombres y canta, ya directamente, ya con el símbolo amoroso de la pareja humana, la mutua compañía:

Hermoso es, hermosamente humilde y confiante, vivificador y profundo,
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.

(«En la plaza»)

Y luego el hombre, cuando ve sudores y penas, y tráfago y muchedumbre.
Y con generoso corazón se siente arrastrado
y es una sola oleada con la multitud, con la de los que van con él.
Porque todos ellos son uno, uno solo: él; como él es todos.
Una sola criatura viviente, padecida, de la que cada uno sin saberlo es totalmente solidario.

(«La oscuridad»)

Cógete a ese brazo blanco. A ese que apenas conoces, pero que reconoces.

(«Ten esperanza»)

La realidad de un mundo objetivo aparece con presencia constante en casi todo el libro, hasta llevar a una expresión narrativa:

Era una gran plaza abierta, y había olor de existencia.
Un olor a gran sol descubierto, a viento rizándolo,
un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano,
su gran mano que rozaba las frentes unidas.

(«En la plaza»)

Y era el serpear que se movía
como un único ser, no sé si desvalido, no sé si poderoso,
pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra.

(«En la plaza»)

Otros quedaban fuera del palio de las ramas
y estaban sentados, acurrucados y meditaban exactamente
como la piedra.
Otros dormían como rodados del monte hace siglos, allí
en el borde de la inmóvil falda majestuosa.
Pero todos agrupados, diseminados en el corto trecho,
callados y vegetativos, profundos y abandonados a la
benigna mano que los unía.

(«A la salida del pueblo»)

La esperanza y la ternura

La aceptación metafísica de la transitoriedad de la vida y de su difícil y amenazada realidad no decae en la inacción, en un ¿para qué? de indiferencia y de fermento negativo, sino que conduce, con noble poesía de conmovedoras calidades de ternura y comprensión, a una actitud moral que alienta la esperanza y el esfuerzo:

Siéntate. No mires hacia atrás. ¡Adelante!
Adelante. Levántate. Un poco más. Es la vida.
. . . . . .
Sigue, sigue subiendo. Falta poco. Oh, qué joven eres.

(«Ten esperanza»)

La palabra de esperanza es como una brisa. Enjuga el rostro del caminante y, de repente, se hace brazo desconocido, pero reconocido, en que apoyarse. Parece como si el hombre triste, el herido y maltrecho personaje, se irguiera de pronto renacido y se echara a andar con energía hacia la aurora. No puede darse mayor fuerza expresiva y simbólica.

También con un claro juego de símbolos nos da Aleixandre hondos cantos al tránsito flanqueado de asperezas y privaciones de una masa humana en penosa ascensión hacia la esperanza. La colectividad aquí tiene un nombre en singular: es el «vagabundo continuo» pero a él se incorporan hombres de todas las razas. Cuando se opone a la marcha ascendente y viva está aludido por simbólicas interpretaciones. El dolor y la muerte van haciendo su poda en el cuerpo múltiple del vagabundo, «mas sigue...», que es el verso final de uno de estos poemas.

La misma interpretación hay que dar a poemas como *El niño murió*. *Nana en la Selva*, donde el ser desvalido toma forma infantil y es acunado por una voz de madre: la esperanza. Por el contrario, en otros como *El visitante* el planteamiento es puramente realista: la casa pobre a cuya puerta el obrero trabaja mientras en el interior humilde una mujer cose y unos niños juegan, y el toque poético radica en el paso invisible y como misterioso de una ráfaga que cruza moviendo un instante los vestidos.

El valor social clarísimo de esta poesía cobra relieve máximo en la interpretación dada por Aleixandre a la misión del poeta. Ya no puede haber lugar a dudas: nada más evidente. El poeta debe abdicar de su propio dolor para cantar con el dolor de los demás. La voz que salga de su garganta ha de venir del fondo de todos los corazones a los que interpreta, por los que canta. Es una voz como un camino por donde transitan todos. Voz colectiva y alzada. La responsabilidad del poeta que debe interpretar a su pueblo no podía tener imagen más hermosa: un camino por el que los demás pisan. Es humilde y grandioso a la vez, porque a la vez el poeta hace entrega de sí, reconociendo cuánto debe su propia voz a los otros, y alcanza el destino de héroe colectivo que en otras épocas tuvo. Me vienen a la pluma las palabras de Shelley: «La poesía como heraldo, camarada y discípulo del despertar de un pueblo que se dispone a realizar un cambio en su forma y sentido de vida».

Consideración final

Es evidente la preponderancia del tema social en la poesía española de nuestros días, en su parte más amplia y mejor. La poesía se ha hecho la voz de nuestro tiempo, ya como testimonio, ya como imprecación o protesta, ya como alentadora de esperanza. La obra poética es un documento humano de primera calidad

con el que será menester contar siempre para juzgar la época, dura y difícil, que vivimos, la etapa histórica que estamos elaborando con nuestros propios actos. Una generación de postguerra dio el paso al frente y en sus libros aún jóvenes está su voz. Algunos maestros han dado —por las muestras he de hablar— por clausurada la evolución de su obra, muchas veces admirable. No les regateemos esa admiración ni seamos tacaños o ciegos a la hora de la gratitud. Pero se nos han quedado distantes. Es el problema de las generaciones que se suceden, de los hijos y los padres que, por encima del amor, hablan un lenguaje distinto, inconciliable a veces.

Otros maestros, sin embargo, por su fuerza creadora excepcional, son siempre jóvenes, marchan con el tiempo y sentimos su paso, rítmico y sin fatiga, junto al nuestro. Vamos a hablar y nos sentimos comprendidos e interpretados en su obra, viva y alerta. Es el caso de un poeta como Vicente Aleixandre, cuya juventud se renueva este año una vez más.

LEOPOLDO DE LUIS

Rodón, 12, 6.º
Madrid.